

## EL ESPEJO DE TINTA •

**DIEGO J. COLÁS**  
(Zaragoza, 1976)  
Ingeniero industrial



Su formación es científica pero siempre ha tenido querencia por la lectura, lo que, al tiempo, le llevó a escribir de manera intermitente. En 2000 resultó premiado en el concurso "Buñuel y las miradas de 2000" organizado por la Universidad de Zaragoza. En 2009, 2014, 2015, 2016, 2017 y 2018 quedó finalista en el certamen Miguel Artigas que convoca el Ayuntamiento de Monreal del Campo en colaboración con el Centro de Estudios del Jiloca. De padre turolense, mantiene fuertes vínculos con las tierras del Jiloca.

# Listen to me and listen to me good (II)

No es necesario que digas nada. Sí, quién te lo podría negar, tienes mucho más mundo que el que jamás nosotros llegaríamos a tener. Los sábados por la mañana vas de librería en librería a la búsqueda de cualquier libro que te resulte lo suficientemente denso como para estar seguro de que sólo un puñado de listillos como tú serían capaces de leerlo de cabo a rabo y de comprender lo que su autor quería expresar al escribirlo, qué sentimientos, emociones, alegrías y desgracias quería mostrar y cuáles guardarse para sí. Una vez los tienes en tu poder, y sean o no los libros de tu gusto, tomas asiento en una de las terrazas del centro y simulas leer. Las de la Plaza San Francisco son tus favoritas porque son la más caras, porque casi ninguno de tus conciudadanos se las pueden permitir asiduamente, aunque hay otros rincones de la ciudad que te son también afines y por los mismos motivos, las plazas de Santa Marta o de San Pedro Nolasco, que recuerde ahora mismo, por ejemplo. A la vista de los transeúntes sigues esa dichosa liturgia que no hay quien entienda, lo mismo te da que sea invierno u otoño, verano o primavera, que haga calor o un frío de mil demonios, que diluvie o que no diluvie. Abres el libro y mueves el marcapáginas según el tiempo que calculas llevas sentado y fingiendo, aunque no hayas leído ni una coma y cualquiera pudiera detenerse unos minutos a observar tu comportamiento y a dejarte en evidencia sin esfuerzo.

Haces igual con la música. Tus estanterías rebosan de vinilos sin abrir, discos que seguro no vas a escuchar ni a lo largo de este año ni a lo largo del siguiente y que, muy posiblemente, no habrás escuchado cuando hayan pasado otros tres e, incluso, cuatro años. Y haces parecido con el vino, es inaudito. Las rarísimas ocasiones en que no cenas en uno de esos restaurantes carísimos del centro de los que hablas tantísimo, no quieres ni oír hablar del tinto de la casa y, lo que es peor, acudes a refugiarte, como un niño vergonzoso a las faldas de su madre, en una de esas bebidas azucaradas y gasificadas sin personalidad; que eso sí que es hacer el ridículo y la mejor manera de arruinar cualquier plato, por sencillo y barato que sea.



**PEDRO BLESA JARQUE.** Nacido en Escucha, es cámara de Aragón TV y fotógrafo de afición. Miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense (SFT). Enamorado de la Luna, las estrellas y las brujas. Y de la provincia de Teruel un paraíso para hacer fotos, de todo tipo pero sobre todo nocturnas, que son sus favoritas.

Muy pocos han tenido tus oportunidades, pero eso no te ha hecho más generoso. La escuela para los muchachos de tu edad terminaba casi antes de empezar, antes de que pudieran cogerle el tino al pupitre se les había enviado, a los chicos, al campo y, a las chicas, a atender las faenas del hogar. Y créeme, sé de lo que hablo. No sé en qué maldito momento se nos ocurrió enviarte al seminario ni por qué razón. Miento, la razón sí la sé, pensamos que de esa forma serías más difícil de encontrar y no nos equivocamos. Pero no sé en qué maldito momento se nos ocurrió.

Vas a tener que disculpar estos silencios. Tengo la memoria a componer, soy incapaz de recor-

dar qué nos han dado esta mañana para desayunar y, por momentos, no encuentro las palabras adecuadas. ¡Soy un desastre! ¡A qué sí? ¡Y cómo funciona esta cabeza nuestra! ¡Qué me dices a eso? A que se detenga en cuestiones mundanas e intrascendentes como qué narices tomé para desayunar. ¡Y qué te parece que lo haga, a puntito de estropearse del todo?

Permíteme que me ría. No me mires con esa cara, pretendo quitarle hierro al asunto, no lo desapruebes. Sé que te preocupa esta deriva mía, pero no debes hacerlo, porque luego te invade el desaliento y es peor, créeme. ¡Mira! Al final, ¡vas a tener suerte! Y permíteme que me ría otra vez,

concédele ese estúpido capricho a esta pobre vieja que, aun con todo, te quiere.

La muerte llevaba ya un tiempo rondándonos y rondando la casa. Por eso tuvimos que sacarte a bautizar por uno de los ventanucos de la primera planta, disfrazado de niña; ya se había llevado al bebé que nació antes que tú, cuando ni siquiera había recibido las exculpatorias aguas del bautismo, y no quisimos volver a pasar por aquello. Sigilosa y ruin como el gato que se hace con el pez depositado sobre la encimera de la cocina, junto a los fogones, a la espera de la harina y el aceite rusiente de la fritura, como ese gato que no sufre remordimiento alguno por ello, es más, como ese

gato ladrón que podría decirse que se relame en el robo. Como en una de esas películas de cine negro que me he animado a ver últimamente y que a ti, con toda tu poma y tu boato, estoy convencida de que te encantarán, si no serán de tus preferidas, películas en las que al resguardo de la penumbra impuesta por un guion penumbroso, sus protagonistas urden una suerte de inapelable conspiración sin fisuras. Construida a fuerza de ser minuciosos con cada detalle como lo es un amanuense con sus trazos, para que nada falle cuando nada tenga que fallar, porque lo urdido no puede desembocar en un estrepitoso fracaso de ninguna de las maneras.

Lo que no se puede negar es que tu hermano salió en perfecto estado de salud de la casa nuestra por su puerta principal; lucían sus mejillas un rosáceo envidiable y respiraba con una armonía que no parecía de este mundo. Eso todos pudimos verlo. No, no sacudas así la cabeza, ¡me pones nerviosa, muy nerviosa cuando lo haces!

Perdona, estoy algo indispuerta. ¿Podrías acercarme un vaso de agua? O mejor, ¿te importaría dirigirte a una de las cuidadoras e interesarte por si les queda algo de esa gelatina tan sabrosa que nos dan? Será eso tan sólo, una ligera deshidratación. Es lo que dice el médico, cuando no sabe muy bien qué nos sucede, siempre dice eso. Acierta algunas veces, solo algunas, pero no tiene mérito porque, entre nosotros, hay días en que ninguno de los aquí presentes nos acercamos a un grifo ni por asomo, ni a un grifo ni a nada que se le parezca.

Gracias. ¿Por dónde iba? Ah, ya sé, pues eso, tu hermano entró sano en la iglesia y cuando el mo-sén se disponía a derramar sobre su cogote el agua bautismal, del llanto que se suponía había de hacer retumbar el templo, no se tuvo noticia alguna, ni llanto, ni berreo, ni exabrupto parecido. Así que no quisimos arriesgarnos contigo y dejarlo todo al azar. Al tiempo que te sacábamos por el ventanuco, y para que la estrategia saliera a pedir de boca, se sacó por la puerta principal un capazo con un amasijo de mieses en su interior, con la forma de un bebé de tus mismos días. Un muñeco con ropas de varón, cuando a ti se te conducía a la iglesia con el atuendo propio de una niña.

¡Pon la cara que quieras! La treteta tuvo éxito.

## Relatos de verano

El relato que se publica en fragmentos fue seleccionado en el certamen literario Miguel Artigas de Monreal del Campo en 2017 y 2018. Las imágenes que lo ilustran han sido realizadas por miembros de la Sociedad Fotográfica Turolense.